

PRESENTACIÓN: GUERRA Y ECONOMÍA EN FLANDES, SIGLOS XVI Y XVII

Presentation: War and economy in the Low Countries, XVIth-XVIIth centuries

Miguel Ángel ECHEVARRÍA BACIGALUPE

Universidad del País Vasco, Facultad de Ciencias Económicas

RESUMEN: Entre las diversas relaciones que tienen en común la guerra y la economía, resaltaremos dos importantes: la economía de guerra, y la guerra económica. La primera puede ser definida como la estructura económica que adopta un sistema en función de necesidades militares constantes. La segunda es la opción de uno o varios contendientes en un conflicto para usar con intensidad los recursos económicos en función de obtener la victoria final sobre el enemigo. Las relaciones entre la Monarquía Hispánica y sus enemigos durante los siglos XVI y XVII implicaron el desarrollo de una economía de guerra y el uso frecuente de guerra económica, como puede verse por los artículos de este informe.

Palabras clave: guerra económica, economía de guerra, Monarquía Hispánica, Países Bajos, siglos XVI y XVII.

ABSTRACT: Among the diverse relations that have jointly the War and the Economy, we will highlight two important ones: The Economy in time of war, and the economic war. The first one can be defined as the economic structure that adopts a system depending on military constant needs. The second one is the option of one or more contenders in a conflict to use with intensity the economic means depending on obtaining the final victory on the enemy. The relations between the Hispanic Monarchy and her enemies during the XVIth and XVIIth centuries implied the development of an economy of war and the frequent use of economic war, since it can turn in the papers of this Report.

Key words: Economic War, Economy of War, Spanish Monarchy, Low Countries, XVIth-XVIIth centuries.

Puesto a idear un tema para el informe sobre Flandes que la revista *Studia Historica* ha tenido la deferencia de encargarme, pensé inicialmente que, dado el peso específico tomado en los últimos tiempos por la historia política y el análisis exhaustivo de lo pequeño, el monográfico podría orientarse hacia tales disciplina y método; pero me resisto a creer que la historia de los hechos materiales no tenga cosas grandes que decirnos. Por ejemplo, la relación entre guerra y economía. Ambas marcharon tan estrechamente unidas en los tiempos preindustriales, que algunos han juzgado a una y otra como las dos partes de un todo indisoluble; la paz y el progreso económico son ideas que solamente se unirán al calor del liberalismo inglés, aunque no deje de haber precedentes. Por lo mismo, y dado que en los Países Bajos del XVI y XVII aludir a lo económico es mentar lo bélico, determiné finalmente que la guerra económica sería un buen campo de reflexión y estudio para el grupo de colegas que ha accedido a participar en el monográfico.

Esta temática me ha venido preocupando desde tiempo atrás, porque supera cualquier moda. La traté en algún artículo de revista¹, y hasta llegué a desarrollarla en una sesión de congreso²; de hecho, algunos de los articulistas participaron en aquella reunión, y aportan aquí sus trabajos debidamente actualizados.

Guerra y economía como actividades paralelas no escaparon a la percepción de un mundo en el que obtener el bienestar propio sólo se concebía arrebatándose a los demás, en lo que algunos economistas llaman juego de suma cero, y por el que sólo hay un único ganador. Lo entenderemos mejor si consideramos la guerra como una actividad resultante de la saturación del espacio cuando éste se hace pequeño o bien resulta insuficiente. Es decir, el conflicto abriría el espacio (físico o social) a una nueva utilización haciéndolo accesible o reutilizable, y sólo se frena al agotarse la disponibilidad espacial, o bien por la interposición de terceros poderes interesados. En tanto que consecuencia, la guerra resulta inevitable, pero ni todos los conflictos se resuelven en violencia, ni toda la violencia se resuelve en acción militar. La guerra económica es justamente una de esas posibilidades, soliendo ir por lo común vinculada a la marcha de la economía en tiempos de beligerancia intensa. Será útil pues definir ambos conceptos.

1. ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: «Un notable episodio en la guerra económica hispano-holandesa: el Decreto Gauna (1603)». *Hispania*. 162. 1986, pp. 57-97.

2. XIIth International Economic History Congress, Madrid 1998. Se trata de la sesión C-6, cuyo título era «The Development of Economic War in the Early Modern Times: Some Experiences».

En su expansión y consolidación, la Monarquía Hispánica, multinacional por necesidad más que por designio, hubo de enfrentarse a las apetencias de otros poderes vecinos; en Europa serían especialmente la amenaza turca, Inglaterra, Francia, y las nuevas Provincias Unidas que emergen en 1581 de la ruptura con Felipe II. El permanente combatir determinó la existencia de una economía de guerra, entendiendo como tal la disposición estructural que adopta un sistema económico en función de necesidades bélicas constantes. Las monarquías absolutas (como España o Francia) subordinan lo económico a lo político y lo militar, buscando el poder y la gloria de la casa reinante. Así, la economía de guerra se convierte en la misma esencia del mercantilismo, el modo y caldo ambiental en que se desarrolla, racionalizando la sed de dominio y de apropiación en un mundo que no admite repartos por la extrema volatilidad en los rendimientos de unos factores laboriosos de conseguir y explotar³. Ello debería impedir la cooperación, y de hecho lo hace; sin embargo, la misma escasez provoca que unos a otros se soliciten recursos cuando no pueden arrebatárselos. Las decisiones políticas y la lógica que sostiene los hechos económicos se enfrentan, y con ello ayudan a profundizar contradicciones que se revelan insalvables, tal y como se comprueba en el caso de los Países Bajos Meridionales.

Pero esto no ocurre en las Provincias Unidas, cuya hostilidad emana de tener que asentarse en un espacio político y económico propio y como una potencia alternativa a la hispana. Su tiempo formativo es posterior al de su rival; por consiguiente, guerra y economía marchan allí íntimamente unidas, pero no desembocan para el caso neerlandés en una economía bélica hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuando se conforma en el horizonte la amenaza inglesa. «Olandeses es un Estado repúblico ageno por su naturaleza a la guerra», comentaba en 1667 el marqués de Castel Rodrigo, gobernador del Flandes español⁴. Por ello, y porque la revuelta de Flandes fue decididamente antiintervencionista en el ámbito macroeconómico⁵, es cuanto menos precipitado hablar de mercantilismo como el sustrato originario de la política económica de las Provincias Unidas.

Guerra y economía vuelven a encontrarse en un escalón inferior, el de la guerra económica, esto es, la opción que toman uno o varios participantes en un conflicto para usar a fondo (y hasta prioritariamente) los recursos económicos

3. La vinculación entre guerra y economía durante los tiempos modernos ya quedó estudiada para lo esencial en SILBERNER, Edmond: *La guerre dans la pensée économique du XVI^e au XVIII^e siècle*. París. 1939. La etapa mercantilista, en pp. 7-122.

4. ORTEGA GALINDO, Julio: *España en Europa al advenimiento de Carlos II*. Bilbao. 1953, p. 312.

5. ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Angel: *Flandes y la Monarquía Hispánica, 1500-1713*. Madrid. 1998, pp. 106-107.

en función de obtener la victoria final sobre el enemigo. Por consiguiente, y antes que nada, hay que diferenciar la guerra económica de la simple represalia de carácter aislado (quemar cosechas, asediar por hambre a una ciudad...). Se puede emplear la guerra económica sin entrar forzosamente en la economía de guerra, pero esto es apenas concebible en los tiempos modernos por las razones ya señaladas de complementariedad entre la obtención de recursos y las necesidades bélicas. Para el caso de los Países Bajos, al Gobierno de España le era preciso hacer entender que poseía medios de sobra para defenderse, y que la obstinación de los rebeldes neerlandeses podría conducirles a resultados negativos, bien por la represión generalizada de sus actividades, bien por la pérdida de cualquier tipo de permisividad, o bien por usar como aliados a terceros países cuya enemistad podría causarles perjuicios severos. Contrariamente a lo que afirma Albert O. Hirschman⁶, en el Antiguo Régimen se concebía al comercio, y en general a la guerra económica, como causantes potenciales de bienes y males a gran escala. En buena parte del siglo XVI se trató más bien de reforzar la economía propia que de socavar la del enemigo, como muestra Raymond Fagel en su aportación. Para Flandes, la guerra económica como medio contra el enemigo tuvo que esperar al refuerzo del poder político en cada uno de los espacios rivales y la ampliación territorial y sectorial de las hostilidades, lo cual sólo acontecerá muy adelantada la centuria. De hecho, no se manifestó con claridad hasta el Gobierno de Alejandro Farnesio, brillante componedor de entuertos y más bien amigo de la guerra militar combinada con acciones económicas. Estas fueron desde sus orígenes de raíz esencialmente comercial: bloqueos marítimos, fluviales o terrestres, corso y piratería (cuestión de la que se ocupa Enrique Otero), embargos parciales o totales... pero asimismo hubo guerra monetaria y guerra financiera en un ambiente de proposiciones arbitristas, un aspecto que trata Anne Dubet. El espionaje se escora hacia la vertiente económica con Felipe III mediante la utilización de comerciantes y hombres de negocios⁷, aunque sólo cederá su puesto a la guerra militar cuando el frente contra las Provincias Unidas se amplíe a Francia mediados los años treinta⁸, tras haber cambiado la estrategia de la Monarquía.

Desde el punto de vista de los rebeldes, la guerra económica se hace obligada cuando, decepcionados por el fracaso de sus expediciones por el extremo norte

6. HIRSCHMAN, Albert O.: *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona. 1999, p. 81.

7. ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *La diplomacia secreta en Flandes 1598-1643*. Leioa. 1984, caps. IV y V.

8. *Idem*, cap. VI, dedicado a Scaglia. Asimismo, en ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía Hispánica*, pp. 270-284.

de Europa, donde sólo se consolida el asentamiento de Arkangel⁹, buscan las mismas rutas que los ibéricos e ingleses para llegar a las Indias, teniendo consiguientemente que disputar con ellos un mismo espacio. Tras configurarse territorialmente a finales del XVI, las Provincias Unidas tratarán de expandirse de forma reticular en consonancia con sus relaciones sociales y económicas, pero ante todo con las exigencias que impone el capitalismo comercial¹⁰. Una vez implantado su sistema, buscarán la colaboración con los rivales, que ahora favorecen sus intereses. La guerra y la paz están siempre para el neerlandés al servicio del rendimiento económico.

Pero hay otro frente de importancia, el que emana de la rivalidad francoespañola alrededor de las fronteras con el País Bajo, el Franco Condado, y los Pirineos. José Javier Ruiz Ibáñez nos introduce en esa relación especial entre Flandes y los vecinos galos en un período clave, los años finales del XVI.

En cuanto a los españoles, usan la guerra económica como un arma entre otras posibles, quedando subordinada a los intereses políticos, dinásticos y militares. Junto con Portugal, administran los espacios y los territorios, y no están en absoluto dispuestos a compartirlos, sobre todo porque son fuertes militarmente. Con todo, se hallan lejos de optimizar el aprovechamiento de aquellos por la extensión desmesurada que implican, y por los costes defensivos tan elevados en relación con los del agresor. Hemos de preguntarnos asimismo si la demanda militar de un imperio tan extenso compensó las insuficiencias de la demanda civil. No en los Países Bajos, de atenernos a las protestas, quejas y súplicas por parte de los principales agentes económicos, en general partidarios de la paz. En efecto, la flamenca es una economía extrovertida a la que la guerra en suelo propio sólo causa disfunciones; tampoco aprobaban un conflicto de puertas afuera. El ejemplo de la poderosa industria de guerra norteamericana del siglo XX como factor primordial de crecimiento, ejerce una influencia perturbadora en este tipo de consideraciones. Los Estados Unidos salieron bien parados de su participación en las dos guerras mundiales y varios conflictos menores porque, entre otros considerandos, su presencia en aquellos acontecimientos fue de duración limitada, no se vio afectado su territorio, y le causaron una pérdida poblacional más que asumible. Además, ni su carrera armamentista, ni su complejo militar-industrial, ni sus calculadas guerras de baja intensidad, han podido evitar que las tasas

9. VELUWENKAMP, Jan Willem: *Archangel. Nederlandse ondernemers in Rusland, 1550-1785*. Amsterdam. 2000, pp. 41-43.

10. Una caracterización general del primer capitalismo, en ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: «Sistemas productivos y espacios económicos. Los Países Bajos en la España Imperial, 1500-1621», en *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*. Córdoba. 2002, pp. 499-502.

de crecimiento de la economía norteamericana fueran inferiores a las del siglo XIX, época colonizadora¹¹.

Volviendo a los Países Bajos, la opinión deriva desde la condena de la guerra militar a la defensa de la guerra económica, y de ésta a la demanda de la paz pura y simple, porque se desconfía de las armas como medio de ganar el conflicto. Prueba de ello es la constante cooperación con el enemigo y las demandas de un entendimiento lo más rápido y completo posible¹². La opción pacifista deriva del humanismo de los siglos XV y XVI más la Escuela de Salamanca, influjos visibles en autores como Hugo Grocio (cuya trascendencia destaca León Gómez Rivas en su artículo) o Alberto Struzzi, miembro del segundo Círculo de Lovaina¹³. El pacifismo indujo a convertir la guerra militar en económica como mal menor y prólogo a un ulterior entendimiento. La opción irenista, silenciada temporalmente en el XVI, resurge con fuerza a comienzos del seiscientos con la tregua de hostilidades. Su éxito deriva del carácter burgués que emana de sus presupuestos, común en los Países Bajos, y de haber puesto al descubierto la contradicción entre lógicas y políticas: las de la guerra y la economía por un lado; las de la política y la economía, por el otro. Azuzando la competencia, los sistemas económicos de los Habsburgo españoles y de las Provincias Unidas progresarían más, y harían posible no tanto la paz como la pervivencia de la paz. Ello revela una nítida conciencia de integración económica que hoy sabemos se fue desarrollando de manera paulatina entre las economías septentrionales europeas durante los tiempos modernos¹⁴. En cuanto a los vasallos del Rey Católico, poseyeron un sentido espacial muy acusado que les llevaba a imaginar los procesos económicos dentro de la Monarquía como integrantes de un todo orgánico¹⁵. Si bien ello deriva del concepto de economía compleja transmitido por pensadores medievales¹⁶, en mi opinión procede muy especialmente del mismo Imperio Romano, donde la idea de división internacional del trabajo y las ventajas que comporta ya estaba fundamentada, ateniéndonos a testimonios tan claros y relevantes como

11. VAN DER WEE, Herman: *Prosperidad y crisis. Reconstrucción, crecimiento y cambio, 1945-1980*. Barcelona. 1986, pp. 46-47.

12. Las opciones, en ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía...*, *op. cit.*, pp. 167-169.

13. ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Alberto Struzzi, un precursor barroco del capitalismo liberal*. Lovaina. 1995.

14. JACKS, David S.: «Market Integration in the North and Baltic Seas, 1500-1800». *The Journal of European Economic History*. 33. 2004, pp. 299-300.

15. Esta misma noción espacial se aplica a lo pretérito. Jerónimo Zurita concebía al historiador como alguien que realiza mapas, o lo que es decir, la historia es un mapa del pasado. CARO BAROJA, Julio: *Los vascos y la Historia a través de Garibay*. Madrid. 2002, p. 174.

16. BAECK, Louis: *The Mediterranean tradition in Economic Thought*. Londres. 1994, pp. 95-98.

el de Plinio el Joven¹⁷. No fue nada casual que Justo Lipsio, al llegar a Flandes los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, les dedicara una edición comentada de la obra de Plinio en que se pone al «hispanus» Trajano como modelo de gobernantes¹⁸. Resultaría sin duda muy apropiado ponerse a elucidar hasta qué punto el modelo de economía integrada del Imperio Romano inspiró a algunos gobernantes y gobernados de la Monarquía Española entre finales del XVI y la privanza de Olivares, pero no es el momento de hacerlo, so pena de convertir esta introducción en un artículo. Pasemos pues a esbozar una conclusión final.

Hablábamos de teoría de los juegos para afrontar el problema de la dialéctica entre guerra y economía. En realidad, lo que observamos en el transcurrir dinámico de los acontecimientos, es un ordenamiento resultado del conflicto por el que los recursos se disfrutaban jerárquicamente, y no en exclusividad. Si la Monarquía Hispánica hubo de hincar la rodilla y pactar ante sus contendientes, éstos también se vieron obligados a transigir a riesgo de no sufrir más pérdidas que ganancias, y no sólo materiales.

Antes de dejar hablar a los protagonistas del monográfico, quisiera agradecer a José Luis de Las Heras, director de *Studia Historica. Historia Moderna*, y al Consejo de Redacción de la revista, el ofrecimiento que me hicieron para coordinar este informe.

17. Para más fidelidad, aportamos el texto original: «Hic alternis com meatibus Orientem Occidentemque conectit, ut, quae ferunt quaeque expetunt, omnes gentes discant invicem, capiant quanto libertati discordi servientibus sit utilius unum esse cui serviant. Quippe discretis quidem bonis omnium sua cuiusque ad singulos mala, sociatis autem atque permixtis singulorum mala ad neminem, ad omnes omnium bona pertinent». [Comunica el Oriente y el Occidente con intercambios mutuos, de tal suerte que todas las naciones tengan noticia recíproca de lo que producen y de lo que necesitan, y se percaten los que sirven a una libertad discordante cuánto más útil es servir a uno solo. Porque manteniéndose incomunicados los bienes de todos, toca sufrir a cada uno su propia desgracia; en cambio, si se ponen en común y se mezclan, nadie sufre las desgracias particulares, y los bienes de todos son de todos]. PLINIO EL JOVEN: *Panegírico de Trajano*. (Álvaro D'ORS, Ed.). Madrid. 1955, pp. 30-31.

18. LIPSIO, Justo: *Dissertatiuncula apud Principes*. Amberes. 1600. Véanse especialmente pp. 63-64.